



Sara Stridsberg

LA FACULTAD DE SUEÑOS

Traducción de
Carmen Montes



Nòrdicalibros



Sara Stridsberg

LA FACULTAD
DE SUEÑOS

Anexo a la teoría sexual

Traducción de
Carmen Montes



La facultad de sueños no es una biografía, sino una fantasía literaria que toma como punto de partida la vida y obra de la feminista norteamericana ya fallecida Valerie Solanas. Son pocos los datos conocidos acerca de Valerie Solanas, y esta novela tampoco les ha sido fiel. Todos los personajes que aparecen en ella deben, pues, considerarse ficticios, incluida la propia Valerie Solanas.

Hope was never a thing with feathers.

CLAUDIA RANKINE

Una habitación de hotel en Tenderloin District, distrito putero de San Francisco. Es abril de 1988 y Valerie se muere de neumonía en un colchón sucio entre sábanas llenas de orines. Al otro lado de la ventana parpadean letreros de neón rosa y la música porno trabaja día y noche.

El 30 de abril, el personal del hotel encuentra su cadáver. En el informe policial consta que la fallecida está arrodillada al borde de la cama (¿habrá intentado subirse a la cama?, ¿habrá estado llorando?). Consta que la habitación se encuentra en perfecto orden, montones de papeles bien apilados sobre el escritorio, la ropa doblada en una silla junto a la ventana. En el informe consta asimismo que el cadáver aparece cubierto de gusanos y que la muerte se produjo probablemente en torno al 25 de abril.

Unas semanas antes, prosigue el informe, algún empleado del hotel la vio escribiendo sentada junto a la ventana. Me imagino montañas de papeles sobre el escritorio, el abrigo plateado en una perchero al lado de la ventana y el olor a agua salada del océano Pacífico, me imagino a Valerie febril en la cama intentando fumar y escribir notas. Me imagino borradores y manuscritos esparcidos por la habitación..., luz del sol quizá..., nubes blancas..., una soledad de desierto...

Me imagino que estoy ahí, con Valerie.

BAMBILANDIA

NARRADORA: ¿Qué clase de material es?

VALERIE: Nieve y negra desesperación.

NARRADORA: ¿Dónde?

VALERIE: En ese albergue de mierda. La última estación para putas moribundas y drogadictos. La última humillación gigantesca.

NARRADORA: ¿Quién está desesperado?

VALERIE: Yo, Valerie. Yo siempre llevaba pintalabios rosa.

NARRADORA: ¿Rosa?

VALERIE: Rosa Luxemburg. Rosa Pantera Rosa. Sus rosas favoritas eran de color rosa. Alguien sale en bicicleta y reduce a cenizas un jardín de rosas.

NARRADORA: ¿Y qué más?

VALERIE: Hay personas muertas en el desierto y no sé quién va a enterrar a todas esas personas.

NARRADORA: El presidente, ¿tal vez?

VALERIE: La muerte rara vez está donde está el presidente. En la Casa Blanca han cesado todas las actividades.

NARRADORA: ¿Adónde vas ahora?

VALERIE: No voy a ninguna parte. Solo a dormir, supongo.

NARRADORA: ¿En qué estás pensando?

VALERIE: En las chicas del inframundo. Dorothy. Cosmogirl. El Niño de Seda.

NARRADORA: ¿Y en qué más?

VALERIE: Material de putas. Material de tiburones. Que

siento un poco de vértigo ante toda esta eternidad.

NEW YORK MAGAZINE, 25 DE ABRIL DE 1991

El cielo que se extiende sobre Ventor es rosa como un somnífero o como un vómito rancio el día que *New York Magazine* entrevista a Dorothy con una conexión telefónica péssima. Ya nunca viene nadie a Ventor a arreglar las líneas, los pájaros del desierto se han apoderado del débil cable de color negro y perturban todas las conversaciones y se ríen de Dorothy y de esa forma suya de seguir siendo víctima de circunstancias desafortunadas. Sus palabras aletean como papel de regalo al viento.

NEW YORK MAGAZINE: ¿Dorothy Moran?

DOROTHY: Sí.

NEW YORK MAGAZINE: Queríamos charlar contigo de Valerie.

DOROTHY: Bueno.

NEW YORK MAGAZINE: Hoy hace tres años que murió.

DOROTHY: Lo sé.

NEW YORK MAGAZINE: Háblanos de Valerie.

DOROTHY: ¿Valerie...?

NEW YORK MAGAZINE: Tu hija. Valerie Solanas.

DOROTHY: Gracias, sé quién es Valerie.

NEW YORK MAGAZINE: Cuéntanos...

DOROTHY: Valerie...

NEW YORK MAGAZINE: ¿Por qué le disparó a Andy Warhol?

¿Fue prostituta toda su vida? ¿Odió siempre a los

hombres? ¿Odia usted a los hombres? ¿Es usted prostituta? Cuéntenos cómo murió. Háblenos de su infancia.

DOROTHY: No sé..., vivíamos aquí, en Ventor..., no sé..., el desierto..., no sé... Quemé todas sus cosas después de su muerte..., papeles, notas, cuadernos...

(Silencio).

NEW YORK MAGAZINE: ¿Y qué más?

(Silencio).

DOROTHY:... Valerie... escribía..., ella se consideraba escritora..., yo creo que tenía t-t-talento..., es decir, talento..., tenía un sentido del humor fabuloso... (ríe), todos la querían... (ríe otra vez), yo la quería..., murió en 1988... el 25 de abril..., era feliz, creo..., es cuanto tengo que decir de Valerie..., ella estaba convencida, extendía los brazos en busca del cielo..., creo..., yo creo que así era, sí...

NEW YORK MAGAZINE: ¿Era una enferma mental? Dicen que se pasó la década de los setenta de manicomio en manicomio.

DOROTHY: Valerie *no* era una enferma mental. Durante unos años, incluso vivió con un hombre. En Florida, en las playas. Alligator Reef. En los cincuenta.

NEW YORK MAGAZINE: Sabemos que estuvo ingresada en el hospital psiquiátrico de Elmhurst. Sabemos que estuvo en el Bellevue. Y dicen que estuvo registrada en el South Florida State Hospital.

DOROTHY: Eso no es cierto. Valerie nunca fue una enferma mental. Valerie era un genio. Era una niña rebelde. Mi niña rebelde. En absoluto una enferma mental. Vivió varias experiencias raras con hombres raros en coches raros. Y en una ocasión, orinó en el zumo de un chico muy malo. Era escritora. Eso sí lo puedes escribir... Ahora voy a colgar...

NEW YORK MAGAZINE: Dicen que sufrió abusos sexuales por parte de su padre. ¿Usted lo sabía?

DOROTHY:... Voy a colgar... Di que era escritora..., di que se dedicaba a la investigación en el ámbito de la psicología..., di que el amor es eterno, no la muerte...

(línea interrumpida--).

HOTEL BRISTOL, 56 DE MASON STREET, DISTRITO DE TENDERLOIN, SAN FRANCISCO, 25 DE ABRIL DE 1988, DÍA DE LA MUERTE

La sangre discurre muy despacio por el cuerpo. Te arañas el pecho, lloras y gritas, recorres a tientas las sábanas con las manos. Las sábanas de este hotel están sucias, están renegridas por el tiempo y apestosas, apestan a orina y a vómito y a sangre de coño y a lágrimas, una nube de dolor totalmente amarilla cruza vientre y conciencia. Reflejos cegadores en la habitación, explosiones de dolor en la piel y en los pulmones que turban que caen que arden. El calor en los brazos, la fiebre, el desamparo y el olor a enfermedad mortal. Fragmentos y esquirlas de luz aún centelleando y las manos buscando a tientas a Dorothy. *Me odio a mí misma y no quiero morir. No quiero desaparecer, quiero volver, ansío las manos de alguien, las manos de mi madre, el regazo de una niña, una voz, cualquiera, cualquier cosa menos este eclipse de sol.*

¿Dorothy?

¿Dorothy?

De fondo, los gritos desesperados de los animales del desierto. El sol arde sobre Georgia y sobre la casa del desierto sin cuadros y sin libros y sin dinero y sin planes de futuro. Un cielo de Ventor inflamado en rosa se inyecta a través de las ventanas y todo aparece de nuevo cubierto

por esa ardiente, húmeda alfombra de felicidad. Dorothy ha encontrado viejos vestidos quemados en una maleta y por fin vais camino del mar otra vez, a Alligator Reef y los cielos de la eternidad, solas tú y ella. Da vueltas ante el espejo rodeada de cigarrillos encendidos en la habitación. En las macetas, en la mesilla de noche, en la polvera.

VALERIE (*se carcajea cariñosa*): Mi querida pirómana.

DOROTHY: Todos los vestidos tienen los puños quemados.

Mira este, blanco como la nieve, Valerie. Se diría que ha vivido una guerra nuclear.

VALERIE: Tú siempre fuiste en cierto modo como una guerra nuclear.

DOROTHY: Es raro que una pueda olvidarse de uno de sus vestidos favoritos. Ya no recuerdo de dónde lo saqué. Solo que, cuando lo llevaba, todo se volvía del todo blanco y bien fregado a mi alrededor. El cielo, mi respiración, mis dientes... ¿Recuerdas cuando me olvidé de apagar todas las velas en el bar y ardieron las cortinas?

VALERIE: Recuerdo que le prendiste fuego a la barba de aquel tío cuando querías encenderle la pipa.

DOROTHY: ¿Recuerdas cuando le prendí fuego a mi pelo?

VALERIE: Lo hacías a todas horas y siempre era yo quien iba por agua y te salvaba. Recuerdo que siempre era yo quien te salvaba.

DOROTHY: Sí, así era.

Rascacielos y asfalto pasan centelleando en la oscuridad, los aviones siguen circulando por Kennedy Airport, las fábricas funcionan, los surfistas se deslizan por las playas, los campos de algodón, los desiertos, las pequeñas ciudades, el tráfico de Nueva York avanza lento. Esquirlas de luz y de recuerdos parpadean aún vagamente en tu conciencia. Fuera, lóbregos barrios de putas, neón y chicas que andan a la caza, a la caza incesante de viento por las calles, retazos de vida y piel, sus sonrisas de embrujo y sus sueños cubiertos de vómito.

Y si tú no tienes que morir, vuelves a ser Valerie la del abrigo plateado y Valerie la de los manuscritos y los ensayos como ladrillos en el bolso. Y si no tienes que morir ya, aún resplandece en el horizonte tu birrete de doctora. Y una vez más es esa época, los cuarenta, los cincuenta, los sesenta, Ventor, Maryland, Nueva York y esa certeza que llevas dentro: *la escritora la investigadora yo*. El ansia irrefrenable y la vorágine en el pecho, la convicción. El eco de las consignas entre los edificios de la Quinta Avenida y el presidente en Washington se amilana tras el escritorio. Solo hay finales felices.

Las chicas pueden hacer lo que se propongan

You know I love you

Callan los gritos y el calor desaparece con el aroma de una Nueva York en flor y con el humo de los incendios. La

Quinta Avenida se ve engullida en la noche, un estrecho y maloliente túnel subterráneo y lo único que no deja de funcionar es el áspero sabor a enfermedad mortal y la música porno. Hay luz del día en Tenderloin y cortinas color vómito ante una ventana cubierta de manchas y montones de notas y tus bragas llenas de sangre sobre el respaldo de la silla y en la mesilla de noche una botella de ron que no vas a ser capaz de apurar. El picor se ha apoderado de tu cuerpo, es peor que el dolor de los pechos y que la dificultad para respirar y que el que hayas perdido hace tiempo todo contacto con manos y pies.

Mason Street está desierta, ningún grito, ningún tráfico, pero algo más allá está la ciudad auténtica con gente auténtica y sol y árboles y muchachas que van en bicicleta con pilas de libros en el portaequipajes y un poco más allá, ese mar negro que sigue azotando las playas. El aliento salado del océano Pacífico envuelve las playas de arena, la espera de los tiburones en las profundidades, la muerte por ahogamiento, la muerte por asfixia, yacer asesinada y violada en la playa, abril siempre ha sido el mes más cruel. *Deseo que desaparezca la luz del día, que alguien cubra con una manta el sol, los letreros de neón, que alguien apague la música porno y esta enfermedad mortal. No quiero morir. No quiero morir sola.*

Ventor y Dorothy como un rayo en la habitación —una tira de papel ardiendo llamea y se apaga en una habitación totalmente a oscuras—, la arena del desierto que te entra continuamente en los ojos y te impide ver. La arena todo lo convierte en una bruma dulce y ardiente, una droga que

anestesia y alivia.

Hacía tanto que no ibas al desierto y al hospicio de color amarillo, a tantas millas de honor y honradez. El porche con un número incontable de horas de sol, una máquina secreta de vino dulce en un rincón y una única estación eterna de calor sofocante y de hierba quemada. Una bóveda de luz amarilla que fue tu luz hasta que te perdiste corriendo por el desierto y no quisiste volver a casa nunca más.

¿Lo recuerdas, Dorothy?

¿Recuerdas que solíamos ir juntas al río?

El coche abierto y un hombre nuevo al volante. Tu pañuelo aleteando al viento. Tu pelo rubio recién lavado. El canto. Ibas cantando y parloteando en el asiento delantero.

Éramos tú y yo bajo aquel cielo gracioso.

HOTEL BRISTOL, 7 DE ABRIL DE 1988, UNAS SEMANAS ANTES DEL FIN

El manifiesto se ha perdido entre las sábanas, solo quedan manchas de suciedad y el fluido pardusco que rezuman tus genitales y tu recto, un río apesado y desgarrador de soledad que sigue fluyendo y humillándote hasta el fin. *Si existen más formas de humillarme, haz que se manifiesten ahora.* Y no es tu estilo estar tumbada desvariando para tus adentros en una habitación de hotel cuando sabes que estás sola y esperas la muerte, lo que pasa es que esta fiebre tan alta te perturba. Lo único que quieres es mantenerte en la habitación y no caer a través de la oscuridad ni a través del olor a bosque y a gaseosa y a aguas fluviales estancadas y el sol que estalla sobre la manta para el pícnic, esa luz intensa y sintética de los años cuarenta.

Valerie, sugar

A comer, Valerie

Dorothy te llama desde una manta cerca del río en una parte donde la hierba se ve mordisqueada y enmarañada y quemada por el ardiente sol. Detrás de ella se alza la luz en columnas entre los árboles, manotea espantando las moscas y las libélulas que intentan precipitarse sobre el pícnic. América acaba de lanzar la bomba atómica sobre Nagasaki y otra vez es ese tiempo, un tiempo olvidado de

excursiones en coche descapotable con bocadillos de pollo en el asiento trasero y Louis tumbado en una manta con la camisa abierta y en pantalón corto. Un tiempo en que las noches son azul profundo y claras como el cristal y Ventor y otros agujeros insignificantes del desierto se quedan sin electricidad durante meses y aún se puede beber agua del río y Louis va y viene de las fábricas de tejidos para arreglar el cableado y hace ya una eternidad que no lo llamas *daddy*.

Vas corriendo bajo los arces de plata y llevas otra vez el vestido blanco, ese que en realidad es demasiado fino y demasiado infantil, con hilos de la suerte en oro y plata cosidos en la enagua y lo llevas solo porque a Dorothy le encanta. Te sudan los pies con las zapatillas de deporte y la boca te sabe a metal y a sangre y a otra cosa extraña, asfixiante. Reina tanto silencio en el lugar por el que vas corriendo, todos los sonidos quedan aislados fuera de ti y no hay más que ese raudal de luz cegadora que cae de los árboles y el aleteo de ese vestido de infortunio, que te queda estrecho de cuerpo y de hombros.

El bosque está invadido de animales muertos de muerte natural y la suave luz humeante está estática y aguarda entre los árboles. Y al pensar en ello ahora el rostro de Dorothy está sobre todas las copas de los árboles y su vestido huele a genitales y a azúcar cuando extiende los brazos sudorosos en tu busca y maldice la sombrilla descolorida por el sol porque el viento la vuelca constantemente, y tiene las manos y los brazos llenos de lunares. Y el sol quema muchísimo a través del follaje y sus

ojos son unos lagos negros en los que quieres ahogarte y ella te alisa con la mano la tela del vestido, estrellas y sonrisas y nieve, y te espanta las moscardas de la cara.

Dorothy

¿Dorothy?

¿Estás ahí, Dorothy?

DOROTHY (*junto a la ventana del hotel*): Haré lo que quieras, girasol mío.

VALERIE: Pues no te pongas esas perlas tan feas.

DOROTHY: Mis perlas blancas. Son mis perlas favoritas.

VALERIE: Pero no en el entierro, en mi entierro, no.

DOROTHY: Lo que tú quieras. Nada de perlas falsas, nada de escote, nada de pieles, nada de maquillaje. Dime qué me pongo y me lo pondré.

VALERIE: ¿Dorothy?

DOROTHY: Sí, querida Vallie.

VALERIE: Me da mucho miedo morir. Me da mucho miedo morir sola.

DOROTHY: Solo el cielo, mi niña... Solo el cielo puede apreciarte por tu alma y no por ese pelo amarillo...

VALERIE: Yo no tengo el pelo amarillo.

DOROTHY: Lo sé, pero no importa. Es solo una metáfora. Un símil sin más.

VALERIE: Yo no tengo el pelo amarillo.

DOROTHY: Eso ya no importa, Vallie. No tiene la menor relevancia cómo lo diga. Tú eres mi niña de dorados

cabellos.

VALERIE: Ya, pero yo creo que ahora se me ha puesto el pelo cano. Y tengo poco. Se me cae. Y cuando me despierto, lo veo en las sábanas en marañas asquerosas.

DOROTHY: No tengas miedo, mi niña.

VALERIE: Ahora soy muy ligera, una nube nada más. No tengo manos y echo de menos mis manos.

Valerie

El sol quema a través de la sombrilla. El agua rojiza de olor herrumbroso del río discurre lenta y estática. Dorothy y Louis siguen con su excursión junto a la orilla. Beben cerveza y están tumbados en una manta agotados por el calor. Transistor, quesos pringos, besos de cerveza, pícnic.

Tú bajas sola hasta la orilla del río. Los pies hundidos en el negro fango, en el limo del río, y los robles extienden sus ramas en busca de agua y las manchas de polen en estado de putrefacción. Esta luz embrujada, siempre la recordarás, y los animales acuáticos embarrados, las aves que chillan a lo lejos, pesados jirones de nubes en lo alto. Y ahí está la penumbra de los árboles, como una nostalgia tornasolada, y no saber en absoluto de qué sientes nostalgia y saber solo que en el vientre hay un animal que quiere salir y que la luz cae en columnas y a través de la ardiente penumbra verdosa. Saber solo que en algún lugar hay un canto que suena como un cuento, pero no aquí; un jardín lleno de fragmentos, un paisaje desierto, una manada de leopardos de las nieves cazando por los sembrados. Tú solo quieres ser dueña de ese canto,quieres poseer ese extraño

lenguaje y el cuento tal como vive y respira en el río.

Y se te deslizan los pies por esa cosa rojiza y maloliente y no sabes cómo podrás dar alcance a tanta nostalgia ni lo que harás con ella si la alcanzas. Solo que existe un canto que es como un cuento, pero ni aquí ni ahora, solo penumbra verdosa. Las copas de los árboles giran a tu alrededor, por todas partes hay manchas de luz que te agotan y te marean y te duermes junto al río y sueñas que vas volando alto sobre montañas nevadas y que lejos, allá abajo, hay gente que te aplaude.

Y cuando te despiertas, Louis está bajo las copas de los árboles y el calor ha desaparecido y el sol lleva un manto de rayos que irrumpen en tus ojos cuando los abres y tienes la parte posterior de los muslos pegada al brillo del asiento trasero y manchada de algas y barro y aquella luz intensa irreal funciona como una oscuridad cuando, mucho después, se lo cuentas a Cosmogirl:

era una oscuridad, vino cuando yo estaba a punto de cumplir siete años. Estábamos de pícnic en el río. Dorothy estaba allí, Louis estaba allí. La luz era muy potente, yo no sabía dónde meterme. Cuando me desperté, Louis estaba tumbado a mi lado, a Dorothy no la vi. Las copas de los árboles le bañaban las manos de luz, yo estaba boca arriba y allí estaba Louis. Mi vestido era blanco nieve, jamás tuve un vestido blanco después. Él había metido las manos por dentro del vestido blanco. Y yo lo dejé y yo lo dejé. Después, una oscuridad. La luz que cae de los árboles en sus manos

MANHATTAN CRIMINAL COURT, NUEVA YORK, 3 DE JUNIO DE 1968
VISTA ORAL, POR LA NOCHE

Dicen que fuera está lloviendo, no podía importarte menos, porque en el edificio de los juzgados no existe clima alguno, solo piedra y madera y trajes oscuros y ese policía de tráfico tan encantador, William Schmalix, con sus guantes blancos. Todas las preguntas están mal formuladas y fuera, en Madison Square Park, tú has estado rebuscando de rodillas en los pantalones de un número incalculable de extraños. Llevas la camiseta amarilla de Cosmo y allí dentro todo es calma absoluta.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: El juez David Getzoff llama a Valerie Solanas en el caso del Estado de Nueva York contra Valerie Solanas.

VALERIE: Muchísimas gracias. No es frecuente que le dispare a una persona y luego tenga el honor de venir a un sitio como este.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Todo lo que digas aquí podrá utilizarse en tu contra.

VALERIE: No me cabe la menor duda.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Datos personales de la compareciente. Valerie Jean Solanas. Edad: treinta y dos. Domicilio: ninguno. Estado civil: soltera. Profesión: indefinida, la sospechosa asegura que es escritora.

Ningún antecedente en el registro penal. Nacida en Vmentor, Georgia, el 9 de abril de 1936.

VALERIE: *Hey, hey, hey, mister, ¿qué sabes tú del amor?*

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Se te acusa de intento de asesinato o quizás de asesinato, aún no está claro cómo se clasificará el delito.

VALERIE: Bueno.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Sabes qué día es hoy?

VALERIE: Sé que tendría que haber practicado más, *mister*.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Sabes dónde te encuentras en este momento?

VALERIE: No me encuentro, según veo, en ningún lugar donde me quiera encontrar.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Tienes abogado?

VALERIE: No, pero no tengo nada en contra de quedar fuera de la historia.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Necesitas un abogado?

VALERIE: Necesito un beso.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Te pregunto si necesitas un abogado.

VALERIE: Siento haber fallado. Si un abogado puede ayudarme a cambiar eso, sí, me gustaría contar con un abogado.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Recuerdas por qué le disparaste a Andy Warhol?

VALERIE: Por desgracia, suelo recordar un poco más de lo que me convendría. Y en este caso se trataba de alguien con demasiado control sobre mi vida y, por recurrir a la

versión abreviada, diré que me costaba acostumbrarme a ello.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: ¿Por qué le disparaste a Andy Warhol?

VALERIE: Existe la posibilidad de leer mi manifiesto, si estás interesado en participar activamente en las tropas auxiliares masculinas de SCUM. Por cierto que allí puedes leerlo todo acerca de quién soy yo.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Te inculpaste tú misma ayer, en la Quinta Avenida, ante un policía de tráfico. ¿Por qué?

VALERIE: Porque quería tener un poco de compañía. Porque me aburría. Y el tal William Schmalix parece simpático. Y lleno de talento. Jamás en mi vida había visto un policía más bajito y, aun así, consiguió arrestarme.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Te preguntaré por última vez si quieres un abogado. Necesitarás un abogado de oficio. El estado de Nueva York no lo cubre. ¿Puedes permitirte un abogado?

VALERIE: Quiero defenderme yo. A diferencia de tantos otros asuntos, este ha de quedar en mis manos, que son las más competentes.

VENTOR, GEORGIA, VERANO DE 1945

LOS HOMBRES HAN VUELTO A LAS FÁBRICAS DESPUÉS DE LA GUERRA

Las cartas están esparcidas en montones con forma de abanico en lugares estratégicos repartidos por toda la casa. Dorothy predice que todo va a ir bien y que vendrán más niños a la casa y más flores del desierto y que la casa dejará de ser una casa de mierda y que Louis dejará de mirar fijamente el horizonte y que las uvas y los animales salvajes sobrevivirán donde no hay más que arena y piedras y ese sol inexorable. Mientras Louis siga aquí, ella estará feliz y activa y convencida de que conseguirá cultivar girasoles y guisantes de olor. Mientras Louis siga aquí, ella inundará la casa de detergente y lavará las sábanas y los camisones por la noche y servirá leche y cereales y sirope para desayunar y siempre tendrá algún proyecto nuevo; una bañera en la cocina, un sombrero atrevido, montones de mariposas muertas en tarros de cristal, una placa solar en el tejado, un nuevo potenciador del sabor para la máquina del vino dulce y diversos sueños submarinos de un futuro en otro lugar para Valerie. Y el viento cambia dentro de ti cuando ella te mira con sus ojos oscuros, está convencida de que eres la cría de un trol, que necesitas un alimento diferente, libros y juegos diferentes, que eres para ella una extraña, una extraña inesperada pero deseada en secreto, como ganar a los caballos sin haber apostado nada de dinero.

DOROTHY: Nueve años y la más bonita de América.

VALERIE: Tú sí que eres bonita, Dorothy.

DOROTHY: A Louis le parezco bonita. Y pienso seguir siéndolo hasta que me muera. No pienso aceptar la decadencia, no pienso permitir que parezca que en mi cara se ha librado una batalla. Louis se quedará mientras yo esté resplandeciente. No te olvides de estar radiante, Valerie, no lo olvides nunca.

VALERIE: Tú estás radiante.

DOROTHY: Ya, pero mi trabajo me ha costado. La belleza no se consigue gratis, tener unos ojos bonitos no sale gratis. ¿Qué quieres que te regale para tu cumpleaños?

VALERIE: Te quiero a ti.

DOROTHY (*abre los brazos entregándose*): *Happy birthday*.

VALERIE: Y también quiero que no vivamos con Louis.

DOROTHY (*deja caer los brazos inermes a ambos lados*): Es tu padre, Valerie.

VALERIE: Puede que lo sea. Pero no lo quiero.

DOROTHY: Yo sin él no soy nada.

VALERIE: Vale.

DOROTHY: América no es nada sin ti.

Y volvéis a la casa del río en el coche de Louis, pero Louis no está, solo Dorothy y tú, y ella sigue cantando con su voz alta quebrada por el vino dulce y los cigarrillos mientras las carreteras se van borrando a vuestra espalda, álamos y postes de teléfono y sombras azul noche mientras ella va cantando salvajemente como una catarata sin dejar de sostenerse la mirada por el espejo retrovisor. Fuera pasan

restos de animales muertos en el arcén; zorros, perros y serpientes y, en el porche de la casa del desierto, Louis espera a que volváis y que Dorothy se marche a su trabajo en los bares. Y el asiento trasero es un mar de enormes lágrimas sangrientas de desesperanza y no hay modo alguno de evitar hechos tan sencillos como Louis y Dorothy y Valerie Solanas. Sin Louis, Dorothy se hace añicos y sin Dorothy, se hace añicos Valerie. De modo que Dorothy continúa cantando y conduciendo y lo sabe todo del mundo, pero no quiere saber nada, se limita a silbar y a canturrear y te lanza sus miradas penetrantes por el espejo retrovisor, deseando que sea posible poseerlo todo y no perder nada.

Dorothy

Dorothy

La oscuridad tarda demasiado tiempo y, cuando llegáis a casa, alguien se ha llevado tu colección de pieles de serpiente, tiene que haber sido un perro del desierto. Y cuando Dorothy ya se ha largado al bar con el vestido de leopardo y el bolso de leopardo, Louis está tumbado en la hamaca tomándose una cerveza y la noche está negra de insectos, una oscuridad sin estrellas ni bombillas. Una última vez, saca la sopa de gallina al jardín, una última vez te llama para que salgas de la casa, con una cerveza en la mano atravesas despacio la arena, todavía está ardiente por el calor del sol, y el calor ha reducido a cenizas todo pensamiento y cuando fuera está todo negro da igual que uno esté muerto.

Después, se fuma un cigarro mirando el humo que se

mezcla con la noche y cuando la oscuridad se disuelve y las gallinas se despiertan, recoge sus cosas y se pierde en el horizonte. Y cuando Dorothy llega por fin, viene cansada después de toda la noche y se fuma un cigarrillo en el porche escuchando a los pájaros que atraviesan la luz con su vuelo. Luego recorre despacio las habitaciones y ya lo sabe, pero no quiere saberlo, y grita y llora y registra los cajones vacíos de Louis donde no queda ni una sola prenda ni tampoco el dinero que guardaban en la caja de galletas, debajo del fregadero, solo el anillo de boda que brilla solitario al sol, y en Hiroshima queman las sombras de la gente que estará huyendo para siempre hacia el interior de la figura de las casas. Más tarde se lo cuentas a Cosmogirl:

no era nada de particular, solo que Louis solía violarme en la hamaca cuando Dorothy se iba a la ciudad y las copas de los árboles flotaban en el cielo nocturno y la hamaca gritaba y se resistía bajo su peso, pues necesitaba que la engrasaran otra vez y siempre estábamos a la espera de que nos trajeran bombillas nuevas para el jardín y Louis debería haber entrenado un poco más, porque le temblaban los brazos cuando se empleaba encima y yo sentía su pecho pesado y asfixiante en la cara y él, un caos atormentado de lágrimas y deseo y la tela de la hamaca una red de rosas silvestres de color rosa que Dorothy había bordado por las noches y yo contaba las rosas y las estrellas del cielo y toda la carne era hierba quemada por el sol y la oscuridad que se tomaba su tiempo y me pinchaba y me ardía en los ojos y los perros del desierto sumidos en sus sueños persiguiendo el viento y las estrellas ya llevaban

mucho tiempo muertas en el cielo y yo alquilaba mi pequeño coño sin cobrar dinero y él siempre lloraba después, intentando desenredarme el chicle del pelo y no sé por qué pero siempre se me pegaba el chicle en el pelo mientras yo contaba las rosas silvestres como rosas de sangre y rosas de muerte y el chicle siempre se me caía de la boca en la oscuridad y después el pelo me olía a menta y a él se le quedaba la camisa llena de chicle y las estrellas seguían muertas en el cielo nocturno y los restos de nubes habían quedado atrapados en los árboles que se deslizaban allá arriba y Louis cortaba los mechones de menta más pegajosos y empezaba a fumar un cigarrillo detrás de otro hasta mucho después y yo me fumaba sus colillas y escuchábamos el silbido de las lagartijas a nuestro alrededor y ya no había nada por lo que llorar salvo que América seguiría follándome y que todos los padres siempre quieren follar con sus hijas y la mayoría lo hacen, solo unos pocos se abstienen y es poco claro por qué salvo que el mundo es y será una única nostalgia

MANHATTAN CRIMINAL COURT, 3 DE JUNIO DE 1968

La vista oral continúa tras una pausa más o menos breve, te has negado a responder de forma «adecuada» y «precisa» a las preguntas del tribunal, y este se ha retirado un momento. Las nubes de plata se desplazan como sombras en el techo. Resulta difícil determinar si son globos o cojines argénteos o si son espejos líquidos que han huido de los servicios de señoritas del juzgado. Es un soñar despierto que se desarrolla paralelo a todos los demás sueños que se sueñan de día, un país de espejos fuera del tiempo y a tu alrededor solo hay agujeros negros que se abren en el suelo de mármol y cien mil pelucas plateadas que se precipitan desde el cielo. Una sala de vistas con eco e infinitas hileras de bancos de distintas maderas oscuras y alguien que te sujet a el brazo todo el rato. Andy está obsesionado con la muerte, le encanta hacer serigrafías de sillas eléctricas y suicidios y coches accidentados. Cosmo se habría reido de su arte de mentira y de la vista oral, es un juicio que es como tener una peluca de plata en la garganta.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: La compareciente, Valerie Solanas, ¿serías tan amable de ponerte de pie?

VALERIE: Recuerda que aquí soy yo la única mujer que no está loca.

MANHATTAN CRIMINAL COURT: Tienes derecho a un abogado.